

Críticas y Reseñas Bibliográficas

I

RODOLFO OROZ

Sintaxis Latina, por Mariano Bassols de Climent, C. S. I. C. Madrid, 1956. T. I: XVIII, 408 pp.; T. II: XIII, 456 pp. Enciclopedia Clásica N.os 3-4.

El conocido catedrático de la Universidad de Barcelona y director de la Escuela de Filología del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, autor de una excelente *Sintaxis Histórica de la lengua latina* en vías de publicación (T. I: Género, número, casos, 1945; T. II: Las formas personales del verbo, 1948) nos ofrece en esta nueva obra cuyo título encabeza estas líneas, una sintaxis latina completa, en dos volúmenes, que viene a enriquecer la serie que con el nombre de *Enciclopedia Clásica* edita el Patronato "Menéndez y Pelayo" del C. S. I. C.

Si recorremos la bibliografía en busca de tratados españoles de sintaxis latina, la cosecha será bastante pobre —se entiende que nos referimos a estudios originales de carácter científico, no a textos normativos para usos escolares.

Una sintaxis histórica con criterio moderno se halla en la *Gramática histórica latina* del notable indoeuropeísta Antonio Tovar. La obra de Bassols de Climent, que aquí reseñamos, no pretende ser una sintaxis histórica, pero por supuesto, tampoco está orientada por un criterio normativo, felizmente superado desde hace tiempo. Sin embargo, el autor casi nunca pierde de vista el aspecto histórico, de suerte que algunos capítulos son algo como resúmenes de los correspondientes de su mencionada *Sintaxis histórica*. Constantemente se hacen referencias a las etapas más antiguas y a las lenguas indoeuropeas, en particular al griego, pero, al mismo tiempo se dirige la mirada hacia adelante, hacia las formas más recientes a que ha llegado el latín en su desarrollo, o sea, las lenguas romances. De este mo-

do, el señor Bassols nos ofrece, en múltiples ocasiones, una utilísima comparación entre formas sintácticas latinas y españolas, tal como el autor de estas líneas procuró hacerlo en forma sucinta en su *Gramática Latina*, hace un cuarto de siglo. El Manual de Bassols da ahora un paso más, al incluir también observaciones acerca del latín medieval, del cual las gramáticas en general han hecho caso omiso.

Es un hecho innegable que los estudios lingüísticos que han traído muchos adelantos en las diversas partes del sistema gramatical, "han dejado casi intacta la sintaxis, manteniéndola en su concepción lógica de la Edad Media" (A. Tovar, o. c., Introd.).

La obra de Bassols es de carácter informativo; por consiguiente, prescinde de la discusión, remitiendo cada vez para la crítica de la doctrina, a la bibliografía indicada al pie de la página.

La estructuración básica de su sintaxis se funda en la tradicional distinción entre nombre y verbo; y así el primer tomo está dedicado por entero al nombre y sus accidentes y el segundo, al verbo.

En la doctrina de las oraciones se decidió, igual que la mayoría de los autores, por la clasificación tradicional, ordenando las subordinadas de acuerdo con un criterio lógico externo. De este modo, divide las oraciones subordinadas en completivas y en un segundo grupo, al cual no le da un nombre especial, pero que corresponde al de las comúnmente llamadas oraciones accesorias (o, a veces, circunstanciales). Otra clasificación posible sería naturalmente la que, atendiendo al uso de los modos en las subordinadas, las agrupara conforme a un criterio psicológico: la expresión de un hecho real, de la voluntad y de la posibilidad. Sin embargo, razones de orden didáctico, muchas veces aconsejan mantener la clasificación tradicional.

La Sintaxis de Bassols trae al principio de cada capítulo una bibliografía fundamental que señala como fuentes de infor-

mación los trabajos de los más renombrados especialistas, figurando, en primer plano, Kühner-Stegmann, Sommer, Hofmann, Löfstedt, Wackernagel, Brugmann, Delbrück, etc. Además, aparece una abundante bibliografía en las notas al pie de las páginas, con referencia a cada problema en especial.

Esta obra del catedrático barcelonés es hoy por hoy la sintaxis latina más completa en lengua castellana y será un excelente guía para cuantos deseen orientarse en este campo de la filología latina.

2

RODOLFO OROZ

Apellidos castellano-leoneses (Siglos IX-XIII; ambos inclusive), por R. P. Gonzalo Díez Melcon, Universidad de Granada. 1957. Tesis Doctoral, 417 pp.

Esta tesis doctoral que fué patrocinada por D. Manuel Alvar y publicada como Anejo del Boletín de la Universidad de Granada, constituye una contribución muy meritoria a los estudios de onomástica española, tan desatendidos hasta ahora en la propia Península. Pues, mientras que otros países europeos cuentan con extensa y valiosa bibliografía sobre antroponimia, en España esta disciplina todavía "se encuentra en estado embrionario", según afirma el autor (p. 12).

El R. P. Gonzalo Díez ha recogido la mayor parte de su material de los distintos cartularios publicados entre los siglos IX y XIII, en Castilla y León, cimentando su estudio sobre un total de casi 25.000 apellidos.

Divide su trabajo en 13 capítulos de acuerdo con un plan que obedece principalmente a razones formales. Señala como la primera forma de apellidos que se halla en los Cartularios, los *cognomentos* que constituyen una especie de sobrenombre que con el tiempo adquiere valor de apellido. Tales *cognomentos* ocurren ya en el siglo IX, como por ejemplo, *Baroncellus cognomento Alvinus* (a. 860), etc. Tipos de la clase de *Comasio cognomento Gomazi* (p. 39) son comparables al uso alemán medieval *Heinricus dictus Arnolz*.

Tal vez convenga eliminar de la lista presentada en el cap. II los casos, en los cuales el *cognomento* parece ser solamente sobrenombre y no apellido, e. g. *Pelayo*

Origiz cognomento Botan, Pelagius Erigiz cognomento Botun, Zidi Pelaiz cognomento Ulalio.

De la misma época, siglo IX, data también el procedimiento de añadir al nombre del hijo el del padre precedido de *filius* o *prolis*, empleándose el nombre del padre generalmente en caso genitivo: *Gundisalvus prolis Regis, Teodilia filia Petri* (pp. 41-42). En documentos posteriores, el genitivo latino aparece a menudo sin *filius* o *prolis*, pero se sobreentiende naturalmente.

El autor ordenó su material relativo a estos párrafos de acuerdo con la terminación de los apellidos; sólo sería preferible decir en la pág. 44:b) *Nombres terminados en -us*, en vez de "nombres cuyo tema es -us", pues el "tema", evidentemente no es -us en nombres como *Adefonsus, Aegidius*, etc. Por otra parte, se distingue bien entre formas que conservan el genitivo latino (*Petrus Alfonsi*, etc.) y formas con un genitivo fonéticamente evolucionado (*-i > -e*) o pérdida de la vocal final (*Maria Dominice, Gonzalvo Roman*).

En un capítulo siguiente, estudia el autor la influencia de la declinación germánica y en otro la influencia árabe en la formación de apellidos españoles. El cap. VI se ocupa de la aposición de nombres propios (*Pedro Andrés*); el cap. VII, de apellidos de origen vasco y el VIII está dedicado a los patronímicos en -az, -ez, -iz, -oz, -uz, exponiéndose las diversas teorías sobre su posible origen sin que se vea, sin embargo, una posición personal del autor.

Los capítulos restantes (IX-XIII) abandonan el principio morfológico y ordenan el material conforme al significado de los apellidos. De este modo, se distinguen apellidos que indican el lugar de procedencia, títulos, dignidades, oficios, cualidades, etc. Tal vez hubiera sido más práctico clasificar este material sobre la base de las cuatro categorías que conviene a la mayoría de las lenguas, o sea, apellidos provenientes de: 1º nombres propios; 2º de nombres geográficos o de procedencia; 3º de nombres de oficios y profesiones, y 4º de apodos o sobrenombres (que incluyen las cualidades físicas e intelectuales).

El trabajo del R. P. Díez revela gran dedicación y diligencia así como buen conocimiento de la bibliografía fundamental en materia onomástica, aunque echamos de menos algunas obras básicas de

consulta indispensable, sobre todo para cuestiones etimológicas relativas a nombres de origen germánico (Feist, Walde-Pokorny, etc.). En lugar del librito de Bänisch debiera haberse utilizado la excelente obra de Adolfo Bach, *Deutsche Namenkunde*, Heidelberg, 1954-56.

Respecto de la técnica de trabajo, estimamos que la escrupulosidad en ciertos detalles pudo haberse extremado algo más. Desde luego, si se ofrece una lista de abreviaturas, conviene que ésta sea lo más completa posible, aunque se trate de fórmulas muy conocidas. Ya que el autor enfocó su trabajo etimológicamente, creemos que hubiera sido mejor indicar en cada caso el origen respectivo, en el lugar en que aparece el nombre por primera vez. En la lista de nombres terminados en *-us*, p. ej., donde se tratan apellidos de muy diversa procedencia, se emplea por una parte, el siguiente procedimiento: *Aemilianus* < AEMILIUS; *Assurius* < ASSUR; *Simbertus* < SIND 'camino' y BERHT 'brillante', etc.; por otra, se advierte, p. ej., que *Baldemirus* viene: del germano < BALD- 'audaz' y MEREIS; *Brunildus* < F. 340 BRUN y * HILDI 'combate'; *Escaricus* < gót. * ASC- 'fresno' y REIKS 'rey, poderoso', etc.

En el primer grupo se supone, pues, que el lector sabe que *Aemilius* es nombre latino; *Assur*, mesopotámico (?); *sind* y *berht*, voces germánicas; en cambio, en el otro, se le ilustra acerca de qué elementos son "germanos" (sic) y cuáles góticos, o se remite a la opinión de otro autor, como en el caso de *Brunildus*.

Es indispensable, a nuestro juicio, aplicar una norma general al respecto y, desde luego, ser más exacto en la terminología y su uso. En las págs. 43, 64, etc., figura la abreviatura *ger.*, sin que se nos diga, si ella significa 'germánico' o 'germano', aunque parece que el autor entiende lo último, ya que emplea la palabra 'germano' en el ejemplo de *Baldemirus* (p. 45). Naturalmente, no es recomendable este término aquí, pero tampoco corresponde hablar, en los casos aludidos de 'germánico', pues con este nombre se designa, en general, la lengua indoeuropea hablada por los pueblos germanos y reconstruida en parte hipotéticamente, mientras que el R. P. Diez se refiere, en verdad, a un dialecto derivado de ella, como el 'antiguo alto alemán' (= a. a. a.), el 'gótico' (= gót.), etc., además, no po-

ne tampoco asterisco a dichas formas, es decir, que no las considera hipotéticas.

En el caso del nombre *Baldemirus* (mod. Baldomero), p. ej., no es posible reducir la explicación a la simple fórmula empleada por el R. P. Diez. Desde luego, está mal colocado el signo < (= proviene de); lo mismo en *Brunildus* (p. 46), etc.; no se puede decir "Del germano < BALD- 'audaz' y mereis" (p. 45); en todo caso, el orden debe ser: < germ. BALD- ... etc.

El nombre es, en efecto, de origen germánico y compuesto de dos elementos; el primero corresponde a una voz que en forma de *bald* 'audaz' se halla documentada en a. a. a., el otro a una palabra que ocurre en gót. en la forma de *mereis* (lo que el autor nos dice sólo al llegar a la pág. 65, a propósito del nombre *Marandus*, después de haberla mencionado en dos ocasiones anteriores —págs. 45, 48—) y en a. a. a. como *mari* 'célebre' (cp. A. Walde, *Vergleichendes Wörterb. der indogerman. Sprachen*, II, 238). Lo lógico sería entonces postular también para el primer elemento una base gótica, como el autor lo intentó, p. ej., en *Escaricus* (p. 46) < gót. * ASC- 'fresno' y REIKS 'rey, poderoso', apoyado, sin duda, en a. a. a. *ask*, anglosajón *aesc* (al. mod. *Esche*).

En *Rabinaldus* (p. 51), el autor supone una base gótica *hrabns* 'cuervo' y *alds* 'tiempo' o *altheis* 'viejo'. Förstemann (p. 55) ya sostuvo que los nombres terminados en *-ald* se relacionan, en este segundo elemento, más bien con *-vald* (gót. *valdan*, a. a. a. *waltan* 'gobernar') que, a menudo, se reduce a *-ald*, *-old* (cp. A. Bach, I, 224). Entre los nombres propios alemanes de la época antigua son bastante frecuentes las formaciones con nombres de animales, entre los cuales figura *hraban* —ave sagrada en el culto de Odín—, pero, como dice A. Bach, no se trata del cuervo común y corriente, sino de una especie más grande, el *Corvus corax*, raro hoy día (o. c., pp. 212 y 214).

El nombre *Radulfus* (p. 51) lo interpreta el R. P. Diez como compuesto de gót. *rads* 'rápido' y *wulf* 'lobo'. Primero, ¿por qué *wulf* sin la *-s* flexiva del nominativo, frente a *rads*? Luego, aunque parezca bastante plausible la combinación de 'lobo' y 'rápido', dicho adjetivo, sin embargo, no es frecuente como primer elemento en los nombres germánicos. En cambio, a. a. a. *rat* (ant. sajón *rad*) 'consejo; tam-

bién provisiones, auxilio, provecho' aparece unido a ant. a. a. *-wulf = ulf : Ratwulf* o *Ratulf* (cp. Förstemann, 1219 y A. Bach, I, 225; así como lo concerniente al culto de los animales y la animalización de divinidades o seres sobrenaturales en la antigüedad, ib.).

De este modo podríamos citar una larga serie de casos discutibles en la obra del R. P. Diez, quien, no obstante, ha realizado un estudio de positivo avance y de gran utilidad para la onomatología española.

3

J. ROBERTO PÁEZ

Historiografía Colonial de Chile (1796-1886). Tomo I, por Guillermo Feliú Cruz. Fondo histórico y bibliográfico José Toribio Medina. Santiago de Chile, 1957.

El día 20 de enero del año 1958, se concluyó la impresión en Santiago de Chile, del volumen in-cuarto mayor, de quinientas diecinueve páginas de texto y ciento diecinueve láminas documentales, con que el benemérito e infatigable historiador y erudito chileno, doctor Guillermo Feliú Cruz, abre para las letras americanas una vía de trabajo que deberá servir de ejemplo a los pueblos de nuestro continente, pues, que a todos ellos les será indispensable saber cómo ha surgido en cada uno el afán por estudiar, de modo sistemático y serio, los acontecimientos que ocurrieron en el territorio y la forma y manera cómo se fué estructurando el país.

Creado el "Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina", por los afanes y desvelos del doctor Feliú Cruz, discípulo, confidente y continuador de la obra del gran polígrafo chileno, se acordó acometer la publicación de la "Segunda serie" de la "Colección de documentos inéditos para la historia de Chile, desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipo (1518-1818)", de la que ya habían visto la luz treinta volúmenes. La empresa se la confió, con toda razón, al doctor Feliú, encargándole al propio tiempo escribir la respectiva introducción.

Desde que Medina editara el tomo primero de esa Colección, hasta que se tomó la resolución de continuar la obra, habían transcurrido sesenta y cuatro años. Pensó Feliú que la más adecuada introducción

para la nueva serie de documentos, sería un estudio que aquilatara en qué medida había servido la publicación de ellos realizada por Medina, para el conocimiento de la historia colonial de Chile. La introducción de Feliú Cruz se convirtió en obra fundamental de la que acaba de salir el primer tomo y que, como bien anota el autor, no tiene equivalente en ninguna otra, o sea que es la primera que se publica en Chile sobre este tema.

No podía el discípulo de Medina rendir mejor tributo a la memoria de su maestro que el darnos esta obra que ha sabido aunar el interés por el conocimiento de los hechos, con el relato apasionante acerca de la manera cómo se llegó a conocerlos y apreciarlos en su justo valor.

A Chile le cupo en suerte ser la tierra de los historiadores. Ya lo dijo Monseñor Alfredo Baudrillard, el eminente Rector del Instituto Católico de París, cuando lo visitó en los primeros años de este siglo: en Chile los historiadores surgen como los artistas en Italia, se diría que de modo espontáneo y sin esfuerzo.

Una tierra así privilegiada para la investigación histórica ¿podía contentarse con las narraciones de los cronistas primitivos, la mayor de las veces imperfectas, erróneas, exageradas o parciales? No cabía que así fuera. Pronto surgió el afán de comprobar aquellas aseveraciones y narraciones primitivas, con los documentos y fuentes bibliográficas disponibles. Es así como los posteriores años del siglo décimooctavo ven aparecer la tendencia encaminada a dudar de las crónicas primitivas, si antes no se las ha confrontado con los documentos existentes. Surgen así dos nombres en el campo de las primeras investigaciones históricas chilenas: el del español José Pérez García (1726-1814) y el del militar chileno Vicente Carvallo y Goyeneche (1740-1816). Los dos se proponen escribir la historia del Chile sobre la base depurada de documentos auténticos.

En 1844 ocurre el movimiento decisivo en la historiografía nacional de Chile, pues, en ese año, comienzan a circular en Santiago las primeras entregas de la *Historia física y política de Chile* escrita por el francés Claudio Gay, el insigne sabio y naturalista que ha ido a Chile a educar su juventud en las más austeras disciplinas y al que el Gobierno ha contratado para que escribiera con método científico la historia de su patria de adopción. Dice Feliú: "El

libro de Gay lo colocó desde el primer momento como el fundador de los estudios históricos modernos en Chile en el siglo XIX".

Tras Claudio Gay hemos de citar a José Victorino Lastarria, que presenta a la Universidad de Chile la primera memoria histórica, sentando a la vez la tesis de que la historia ha de encauzarse hacia el campo de la filosofía y no ha de ser una simple narración de hechos. En el debate sobre si la historia habría de ser preferentemente filosófica o si debía ser ante todo el registro imparcial y descarnado de los sucesos, don Andrés Bello, dice Feliú Cruz, "se decidió con toda la fuerza de su prestigio intelectual, por el sistema narrativo, por el método analítico, y por una investigación severa de los materiales de la historia nacional".

El año 1850 ve aparecer la obra de un sacerdote chileno: José Ignacio Víctor Eyzaguirre. El trabajo resulta deficiente en lo tocante a la historia colonial, pero ha de reconocerse en él no pocos aciertos al tratar de la historia literaria colonial, de la que puede ser considerado como precursor. Es también el primer historiador chileno que coleccionó y publicó documentos para la historia nacional, pues, a ellos dedicó el volumen tercero de su obra.

Y tras este nombre asoman los de los fundadores de la escuela histórica de muy alta valía científica: Miguel Luis Amunátegui, Diego Barros Arana, Benjamín Vicuña Mackenna. Narra Feliú Cruz, muy por menudo, los viajes de estos historiadores eruditos y sus andanzas por los archivos europeos y asevera que "con la acción perseverante de estos tres historiadores se formó una historia colonial muy hábilmente expuesta en una documentación expurgada críticamente y que dejaba muy atrás la de los cronistas".

Era preciso relatar toda esta historia de la historiografía colonial de Chile, para apreciar debidamente la obra de don José Toribio Medina, que invade el campo de las investigaciones desde el año 1887 y que desde 1888 inicia simultáneamente la edición de la "Colección de documentos inéditos" y reanuda la de la "Colección de los historiadores de Chile". Junto al de Medina han de citarse los nombres beneméritos del Arzobispo Crescente Errázuriz y el de don Domingo Amunátegui Solar.

Medina no escribió una *Historia de Chile*. Como él mismo lo dijo alguna vez, se propuso reunir los documentos que otros

habrían de utilizar para esa obra. Fué obreiro abnegado, ejemplar, paciente, silencioso y humilde, que desde las primeras horas de la mañana va acopiando los materiales que han de servir en su día para el edificio que ha de levantarse airoso e imponente, sólidamente edificado, sin riesgos de ninguna clase. Esta conducta de Medina vuelve aún más preciosa su memoria.

Nos ha dado el doctor Guillermo Feliú Cruz una de las obras más hermosas, más importante y de más hondo alcance en el campo histórico, entre todas las publicadas en el año 1958. Hemos de anhelar vivamente que pronto llegue a nuestras manos la conclusión de su monumental trabajo, con el que ha afirmado más si cabe, el renombre de que goza ya merecidamente entre los más destacados cultivadores de las disciplinas históricas de nuestro continente.

4

J. ROBERTO PÁEZ

Historia de la Imprenta en los antiguos dominios españoles de América y Oceanía, por José Toribio Medina. Prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Complemento bibliográfico de José Zamudio Z. Tomos I y II, 542 y 540 págs. Fondo histórico y bibliográfico: José Toribio Medina. Santiago de Chile, 1958.

El acontecimiento cultural que más ha de alegrar a los amantes de la bibliografía americana, es sin duda, la aparición de estos dos fuertes tomos de quinientas páginas cada uno y de formato in-cuarto, dentro de la serie que viene editando el Fondo José Toribio Medina, de Santiago.

Se recordará cómo, por iniciativa y esfuerzos de don Guillermo Feliú Cruz y con motivo del Centenario del Nacimiento de Medina, se resolvió acometer la monumental empresa de reimprimir los principales estudios del gran polígrafo chileno, si ya no era posible volver a editar sus trescientas noventa y dos producciones científicas y literarias.

Nunca alabaremos suficientemente la decisión del gobierno chileno en el sentido que acabamos de enunciar. La aguda crisis económica y financiera que azota al noble pueblo de Chile, era motivo más que suficiente para dejar en suspenso hasta mejor hora una empresa que demanda cuantiosas inversiones, pero Chile ha estimado, con

razón, que todo se puede aplazar y suprimir, menos lo que constituye el timbre de orgullo de la nacionalidad. En efecto, si no cuidamos del prestigio científico y literario del país, ¿qué vale lo demás? Pueblo que menosprecia a sus grandes hombres y al que le da lo mismo que los libros fundamentales escritos por ellos circulen y sean conocidos o se pierdan definitivamente en el olvido, ha dejado ya de pertenecer en realidad a la comunidad de pueblos cultos. Los países no valen por sus artefactos de guerra, valen por los pensadores, artistas y sabios que poseen y por el aprecio que de ellos saben hacer. Por todo esto Chile ha creído que no debía suspender la reimpresión de los libros de Medina, por más que el costo de la vida ha experimentado un alza del ochenta por ciento, con relación al año anterior.

No era dable seguramente volver a editar los treinta y cinco tomos que Medina escribió sobre la Imprenta en los países de habla española. Algunas de sus monografías sobre el tema ocuparon varios volúmenes. Recordemos que *La Imprenta en México* (1539-1821), tiene ocho tomos y que *La Imprenta en Lima* (1584-1824), tiene cuatro. Era dable, y lo ha hecho con extraordinaria competencia Feliú Cruz, seleccionar de cada una de aquellas monografías sobre la Imprenta en América, los capítulos fundamentales, para formar con ellos una *Historia de la Imprenta en los antiguos dominios españoles de América y Oceanía*. El título, como aclara Feliú, no es arbitrario y Medina ya lo tuvo en mientes para su obra, según de ello hay constancia en cinco veces por lo menos, dentro de la actividad y de las preocupaciones del gran investigador y polígrafo.

Ahora disponemos ya de un elemento de trabajo de valor inapreciable, del que no se podrá prescindir en ningún caso. Si la imprenta es el vehículo más importante para la cultura de un pueblo, ¿qué dato puede ser más valioso para conocer su desarrollo y progreso que el referente al establecimiento de la imprenta en su territorio y a las vicisitudes por las que pasó la misma hasta que logró asentarse definitivamente y dar sus frutos?

Los dos volúmenes que acaba de entregar el Fondo Medina, completados y puestos al día en cuanto a nuevas fuentes bibliográficas aparecidas después de la muerte de Medina o desconocidas por él, por don José Zamudio Z., con una competencia de veras

extraordinaria, vienen a constituir así una historia de la cultura y su desenvolvimiento en cada uno de los países de la América descubierta por Colón. Si tenemos en cuenta, además, que los libros de don José Toribio Medina se imprimieron por primera vez en reducido número de ejemplares, apreciaremos que la reimpresión que de ellos se ha hecho ahora es una verdadera y admirable oportunidad para que los estudiosos puedan ponerse en contacto con trabajos que no los conocían, ya porque las primeras ediciones de los libros de Medina tienen precios altísimos, imposibles de pagar por la generalidad de los hombres de letras, ya porque ni aun las bibliotecas públicas están dotados de ellos, en la mayor parte de las veces.

Sobre *La Imprenta en Quito* (1760-1818), escribió Medina un tomo de ochenta páginas que lo publicó en doscientos ejemplares en Santiago el año de 1904. La edición es de veras rara y son pocos los que la poseen en Ecuador. El tomo segundo de la obra que ahora reseñamos reproduce los tres principales capítulos de esta obra inencontrable. Don José Zamudio Z., ha registrado en sus adiciones bibliográficas todos los trabajos aparecidos desde 1904 hasta la fecha sobre la Imprenta en Quito. Constan allí los de nuestros colegas de Academia, don Cristóbal Gangotena Jijón, de imborrable memoria y don Carlos Manuel Larrea, benemérito de las letras ecuatorianas.

La Introducción que don Guillermo Feliú Cruz escribió para esta invalorable obra de Medina ocupa ciento cuatro páginas y es ella una mirada de conjunto sobre los trabajos del investigador chileno, a la vez que una guía para penetrar con provecho en el campo inmenso e inagotable de la bibliografía americana, en el que brillaron como los nombres más gloriosos, los de Antonio de León Pinelo, Andrés González Barcia, Nicolás Antonio, Vicente Salvá, Pascual de Gayangos, Joaquín García Icazbalceta, Marcelino Menéndez y Pelayo, Henry Harrysse, José Gestoso y Pérez, Gregorio Beece, Diego Barros Arana, Benjamín Vicuña Mackenna, Gabriel René Moreno y, por fin, don José Toribio Medina, llamado, con toda justicia, el primer bibliógrafo de la cristiandad.

Con gran acierto se ha prescindido en los dos volúmenes que estudiamos de registrar los impresos que Medina describió en sus libros, pues, es sabido que nuevos y

nuevos impresos no conocidos por él han venido a sumarse a los enumerados por vez primera y registrados. En cambio, tienen valor perdurable los documentos relacionados con el establecimiento de la Imprenta en cada uno de los países de América y con las gestiones que para ello hubo que hacer ante las autoridades españolas, no siempre dispuestas a permitir que en sus dominios funcionara una imprenta en la que podían publicarse cosas inconvenientes para los intereses de España. La importancia y valor de los volúmenes que constituyen la Historia de la Imprenta en América, será perdurable, sean cuáles fueren los nuevos impresos que se vaya encontrando en cada país.

5

RICARDO BENAVIDES LILLO

Ensayos de Literatura Hispánica, por Pedro Salinas. Editorial Aguilar. Madrid, 1958.

Nacen en torno al 1900 unos españoles dotados de la particular condición de repicar e ir a la vez en la procesión literaria. Dámaso Alonso, Jorge Guillén, Federico García Lorca, Juan Chabás, José Bergamín, Vicente Aleixandre, Gerardo Diego, Pedro Salinas, José Moreno Villa, aparecen casi todos en *Poesía Española, Antología, 1915-1931*, que uno de ellos, Gerardo Diego, publica en Madrid en 1932. Los incluidos proporcionan al colector una ficha biográfica y una declaración de sus principios poéticos. Nos interesa ahora la primera. Moreno Villa nos dice: "A los 18 años fui a Alemania a estudiar Química... Vine a Madrid... Varié de estudios. Hice la carrera de Historia en la Central. Trabajé en la sección de Bellas Artes y Arqueología del Centro de Estudios Históricos". De Salinas se nos dice: "Estudió en las Facultades de Derecho y de Filosofía y Letras de la Universidad Central, y es Doctor en Letras y Catedrático de Lengua y Literatura Española... De 1914 a 1917 fué lector de español en la Sorbona. Y en 1922-1923, en la Universidad de Cambridge. Actualmente... del Centro de Estudios Históricos de Madrid". Guillén "estudia Filosofía y Letras en Madrid y Granada... Conoce Alemania en 1914. En París, como lector de español de la Sorbona, reside de 1917 a 1923...

Se doctora en Letras, en Madrid, en 1924... De 1929 a 1931, lector en la Universidad de Oxford". Dámaso Alonso "obtiene los títulos de licenciado en Derecho y de doctor en Letras. Desde 1921 pertenece al Centro de Estudios Históricos... Ha pasado seis años enseñando literatura y lengua española en universidades extranjeras: Inglaterra, California, Nueva York". Parecido itinerario han recorrido en el momento en que se edita la antología, Gerardo Diego, su autor, Juan Larrea, Federico García, Aleixandre, Cernuda. El mundo en que deben volcarse ha roto, para la mayoría de ellos —basta atender a sus fichas biográficas— las fronteras hispánicas. España misma ha aprendido la lección de los que suceden a Unamuno y el *ahora* que es el 1932 en que los visualizamos, acepta y respeta el oficio del intelectual. Los que viajan no trascienden el ruedo ibérico con vocación turística. Van a estudiar. Y los respalda el Centro de Estudios Históricos, auténtico heredero de los afanes noventayochistas. Esto quiere decir que la toma de contacto con lo europeo no los coge de sorpresa ni desposeídos de conciencia nacional. Ingresan al ámbito de los *-ismos* y se topan con un lenguaje tan peculiar, que el léxico poético tradicional se les aparece como auténticamente ineficaz para la creación. Emprenden la tarea de revitalizarlo y lo hacen apoyándose quien más, quien menos, en lo que las universidades les enseñaron. Repican, entonces, y van, a la vez, en la procesión del quehacer literario.

Revisan a sus clásicos, tasándolos de nuevo. Pero no con el arsenal calificativo de finales de siglo —"sonoro", "magnífico", "primoroso", "sublime"—, sino con el vocabulario que la nueva ciencia de la literatura comenzaba a acuñar en Alemania, en Inglaterra, en Estados Unidos y en Francia. Y componen su propia poesía. La Guerra Civil los escinde (el pertenecer a una generación común no implica identidad de actitudes. Sólo comunidad de puntos de vista. El "cómo" se ve es lo que importa. No "lo" que se ve); la Revista de Occidente se silencia; los maestros del Centro de Estudios Históricos deben trasterrarse. Y el mundo se detiene para ellos. La Segunda Guerra no los roza apenas. Y la filosofía existencial que había comenzado a incubarse en España con Unamuno y Machado, no logra interesarlos. Su compromiso fué con el mundo que se les rompió.

El de hoy los sostiene sin que su problemática consiga trasportarlos del *entonces* que es 1936 al *ahora* que es 1959.

De todos ellos nos interesa ahora, por unos *Ensayos de Literatura Hispánica* que acaba de publicarle la Editorial Aguilar de Madrid, Pedro Salinas. Ya conocemos, por Gerardo Diego, lo que era en 1932. De entonces a ahora, le ocurrieron la publicación de libros, el destierro, la docencia en Estados Unidos y Puerto y Rico y, en 1951, la muerte. Entre una fecha y otra, *Reality and the Poet in Spanish poetry*, Baltimore, 1940; *Literatura española siglo XX*, 1941 y, aumentada, 1949; *Jorge Manrique o Tradición y Originalidad*, 1947; *La Poesía de Rubén Darío. Ensayo sobre el tema y los temas del poeta*, 1948; *El Defensor* (cinco ensayos), 1948, y hoy, casi todavía en 1958, estos *Ensayos de Literatura Hispánica (Del Cantar de Mio Cid a García Lorca)*. Y una traducción en "romance vulgar" del *Poema de Mio Cid*. Y diez obras que van de la poesía a la novela. Este catálogo bibliográfico aspira a ser algo más que eso: quiere deducir de los nombres que Salinas buscó para sus libros de crítica, lo saliente de la actitud con que estimó la literatura a que dedicara su existencia. Es común a todos estos libros la radical semejanza entre sus títulos y los vigentes en la época en que Salinas se forma. No le interesa machacarnos los oídos con el "realismo" español. Le interesa estudiar la manera en que la realidad ha sido convertida en poesía por los españoles. Se acerca a Manrique y establece: "No quiero referirme a las famosas *influencias*, a los igualmente famosos *precursores*, ni mucho menos a las *fuentes*, adormideras de tantas labores críticas bien intencionadas, y que durante muchos años han suplantado el objetivo verdadero del estudio de la literatura". Lo que hace es establecer, apoyado en buena parte en los conceptos que sobre tradición y talento individual había expuesto T. S. Eliot en 1919, lo que Manrique consigue del desprecio del mundo, la Muerte y la Fortuna, aprovechados como "correlato objetivo" de una vivencia personal. Buscando los motivos en la lírica de Darío —Salinas prefirió, no sabemos por qué, usar la palabra "tema"—, anuncia que ya "es hora de que se olvide, cuando en él pensemos, eso de poeta de abanico, de rimador cómplice de sensualidades elementales, propio

para recitaciones donde se desenfrena orgiásticamente el sentimentalismo moceril o senil. Gran lírico agónico... nos entregó, de su propia mano trazada, su misma imagen de poeta sacrificial:

Soy Satán y soy un Cristo
que agonizo entre ladrones...
No comprendo dónde existo!...

Con frecuencia cruza por estos dos últimos libros el nombre de Unamuno. Queriendo ampliar en el *Jorge Manrique* el concepto de "tradición" de T. S. Eliot en cuanto a que "no puede ser heredada y sí ganada tras ardua faena", escribe: "si se cree, como yo, que lo importante no es conocer amontonadamente una multitud de verdades factuales, que andan sueltas cada una por su lado, sin alcanzar a coordinarse en la categoría propia de un saber, zumbando por fuera de la cabeza del individuo como un vuelo de moscas, sino tener adentradas unas cuantas creencias capitales, relativas a los puntos céntricos del hombre y de la vida, y que sepan dictar los pasos por el mundo, acaso se mire con más respeto a esa tradición analfabética... Las mejores y más duraderas de estas sinopsis mentales se corresponden con las grandes construcciones del pensamiento superior, como el pedruzco que cabe en la mano con la peña de que se desgajó". Lo que viene a significar, en el fondo, una visión de la tradición desde la perspectiva unamunesca de la *intrahistoria*. Y cuando define el "erotismo agónico" de Darío, tiene buen cuidado de filiar semánticamente la palabra "agonía" a la significación que le diera don Miguel y no a la que pusiera en circulación Mario Praz en 1930 con su libro sobre *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica*.

El *Cantar de Mio Cid* preocupó siempre a Salinas, buen discípulo de Menéndez Pidal. En 1926, y para la *Revista de Occidente*, colección *Musas Lejanas*, entrega su versión en "romance vulgar y lenguaje moderno". Esta transfusión poética es significativa de su espíritu. El *Cantar*, asediado siempre eruditamente, tiene, también "un valor literario sustantivo y permanente". (Creemos oír un eco de ese asombroso descubrimiento que fué programático para Joseph Bédier: las canciones de gesta no son documentos históricos. Son, por sobre todo, "carmen", canción,

poema). Esta sustantividad poética de la gesta cidiana escapa al lector corriente. Y la perentoriedad de su conocimiento lleva a Salinas a ofrecer "esta versión popular en español moderno y en metro romance, con el propósito de acercar esta hermosa obra, noble, tranquila y sonriente, a un crecido número de lectores". Concluye declarándose satisfecho si su trabajo logra ganar "un solo corazón más" para la "virtud humana y poética de la obra". Tras esta versión, primera en la cronología y en la excelencia, Salinas compone tres ensayos en 1940, 1945 y 1947, sobre la estructura poética del *Cantar*, que testimonian su adhesión a la vieja gesta y la cordialidad con que la entiende, tan lejana de la procacidad política con que se la trató tras 1936 en libros adulones y mentirosos (*El Breviario de Mio Cid* y las *Dos Claves Históricas: Mio Cid y Roldán*, de Darío Fernández Flores son auténticas antologías de esta mentecatez). De estos tres trabajos, dos se reproducen en los *Ensayos* que nos ocupan. Mirándolos algo más detenidamente que el resto del libro, nos servirán para darnos cuenta de cómo Salinas practicó y entendió el menester crítico.

El primero se llama *El Cantar de Mio Cid, Poema de la Honra*. Su título no debe hacernos temer un alegato vacío sobre el "honor español". Nada de eso. Salinas se detiene en el primer verso del *Cantar*, *De los sos ojos tan fuertemiente llorando* y lo ve como señalizador del temple de ánimo de las escenas iniciales del *Poema*: designa con suprema claridad el dolor del destierro, la pérdida de un sitio duramente ganado, el ingreso a un mundo desconocido e inhóspito. Luego, los agüeros. Primero, uno favorable. En seguida, los pájaros callan: hermetismo, misterio, inescrutabilidad, cercan el quehacer vital del Cid. Entonces, habla por primera vez: "albricia, Alvar Fáñez, ca echados somos de tierra! / mas a grand ondra tornaremos a Castiella". El destino hasta entonces cerrado a nuestros ojos, nos abre un resquicio luminoso: el héroe tiene la voluntad de volver y con más honra de la que tenía. Así, el motivo que articula los tres cantares se expresa de una vez para siempre. Minaya Alvar Fáñez dará, a su vez, el tono novelesco. El Cid, triste tras desgajarse de su tierra y de su gente le escucha decir "aun estos duelos en gozo se tornarán". A lo que agrega Salinas: "Resumen

admirable del proceso de casi toda la novela de aventuras... convertir duelos en gozos". Claro está que aquí esta conversión implicará nada menos que toda la doctrina medieval de lo heroico. Nuevamente una palabra le va a servir a Salinas para explicarnos la andadura de la gesta. Es el verbo "cabalgar". En la conferencia que sobre el Cid dió en la John Hopkins University, ya hizo notar la labor trabadora que el verbo realizaba en la primera parte del *Cantar*. Ahora nos muestra que sirve para orientar la vida del Cid: cabalga por el pan, avalado por el susurro del ángel, pero cabalga también por la honra y por la gloria. Es doña Jimena quien se encarga de hacérselo notar. Cuando vuelve a su marido dirá: "Sacada me avedes de muchas vergüenzas malas". Y los envidiosos que lo lanzaron al destierro, se acuitan cada vez más ante las noticias de su éxito. Los Infantes de Carrión serán los testigos de su honor reconquistado: "demandemos sus hijas para con ellas casar / CRECEMOS EN NUESTRA ONDRA e iremos adelan". Pero falta el espaldarazo definitivamente significativo: el del rey. Y el poeta lo cuenta ocurriendo en las orillas del Tajo. El Cid se hinca ante el rey y come las yerbas del campo. Salinas apunta: "esos son los actos corporales del Cid, pero detrás de su materialidad, se desarrolla otra acción: el Cid solicita con su humildad el perdón del rey, que al serle concedido por el monarca le devolverá al mundo del pleno honor". La primera parte del *Cantar* se ha cerrado. El Cid ha vuelto simbólicamente a la tierra de que fué echado —retorna en seguida a su Valencia—, más rico en honra. Y estilísticamente vemos expresado este cierre con un sintagma opuesto al de los comienzos: frente al "grande duelo avien las yentes cristianas" del destierro, el poeta declara "que todos eran alegres". Los duelos se han trocado, pues, en gozos profundos.

El novelista, dice Salinas, "Coge a su personaje, lo echa de cabeza al océano de la peripecia, le sigue en sus esfuerzos por salvarle de la marejada, le aupa a tierra, pero apenas ha puesto la planta en la arena, y todos respiramos librados de angustia, lo vuelve a sumir, de otro empujón, en las ondas de la nueva aventura". El *Cantar* comenzaba con duelo y hacia la mitad de su camino hasta llegar al gozo. Ahora bien, este gozo ganado se invertirá otra vez hasta llevar al héroe nuevamente a la

desgracia. La observación es aguda, pero habría que agregar que esto no ocurre a empujones, sino que va graduándose sutilmente la inversión. La vuelta al favor del rey, cúspide de la primera parte del *Poema*, lleva larvada la conversión de este goce en nuevo duelo. Pero no es ésta la oportunidad de desarrollar este asunto. De la nueva deshonra participa todo el mundo y el rey a su cabeza. En su centro tenemos un verso valedictorio que nos muestra, adelantándolo, el acceso al honor final: "*desto que le avino aun bien serán ondrados*". Se convocan cortes especiales. El Cid recobra otra vez su honor perdido y emparienta con los reyes de España. De su honra, llegamos a la honra de todos: "*a todos alcanza ondra del que en buen hora nació*". Concluye Salinas agregando a todas las primicias del *Cantar* —primer poema épico en español, primer diseño del que será después héroe nacional— una descuidada: "es el primer caso en la historia de las letras españolas en que la honra... se hace motivo de invención poética y empuja al poeta a la acción imaginativa, y a la creación de una obra de arte de valor insigne."

En el ensayo de Salinas no se habla de historia, ni de historicidad, ni de fuentes ni de influencias. Se habla del *Cantar* y haciéndolo con amor se consigue, en pocas páginas, aproximarlos a nuestra cordialidad.

El segundo trabajo a que aludíamos, analiza el encuentro entre el Cid y Jimena, tras los años de separación. Nos enseña el crítico a valorar y gozar la maestría con que el poeta nos acerca en una meseta imaginaria a la esposa honrada y al héroe vigilante. Los versos en que se mencionan lugares cobran sentido tectónico, desde esta perspectiva. La demora en un nombre estira la tensión, torna moroso el caminar narrativo, acicatea nuestro interés. La reunión se logra tras viajes imaginarios a una y otra posición de los que se acercan. Y el encuentro se hace definitivo por lo que demoró en ocurrir. Cuando se da "el vértice del gozo", Salinas escribe: "Este pasaje necesita indispensablemente juntarse al no menos famoso de la despedida de Cardeña, tantos años atrás; se pertenecen uno a otro, como el anverso y reverso a la misma medalla... Allí, el monasterio, las cámaras oscuras, las galerías del claustro frecuentadas por la sombra, la clausura, a ras de tierra, el monacal silencio. Y acá las oleadas de luz, el horizonte abierto a todas

partes, la alegría de la altura, y de abajo, subiendo del festejo, los gritos triunfales... De los claustros de Cardeña a la torre de Valencia hay la misma distancia que aleja a la pena de la alegría."

Los *Ensayos* continúan con Cervantes, la lírica renacentista y barroca, el siglo XVIII, el Romanticismo y la literatura actual. Todos valen como incitadores espléndidos a participar cordialmente en la obra o época que rozan. Algunos, como los reseñados, son aportes maestros a la comprensión y disfrute de la literatura.

6

DANILO SALCEDO VODNIZZA

Money and motivation, An Analysis of Incentives in Industry. William F. Whyte
Harper & Brothers, Publishers, New York,
1955. 262 páginas.

El libro de William F. Whyte, escrito con la colaboración de otros especialistas, es un intento científico para establecer los incentivos económicos que deben entrar en juego en el sistema social industrial, tomando en consideración las relaciones humanas entre los trabajadores, y la de éstos con los empresarios.

Algunos economistas clásicos han estimado al hombre como un ser esencialmente económico; más aún, como un animal racional preocupado por acrecentar sus utilidades de índole material. Este pensamiento tuvo decidida influencia en algunos sociólogos industriales, como F. W. Taylor y sus discípulos. Para este grupo, el hombre reacciona o actúa en el proceso productivo de acuerdo con la motivación monetaria, es decir, a mejor remuneración mayor productividad y eficiencia. Estos sociólogos industriales, además, afirman que cada sujeto responde a los incentivos económicos en forma aislada, independiente a los otros individuos que laboran junto a él. Finalmente, ellos suponen que existe una manera uniforme para tratar a los hombres en una determinada actividad industrial, por lo que defienden una forma standard de trabajo.

La labor de investigación de Whyte, efectuada con observaciones directas en industrias, contribuye a replantear las consideraciones formuladas por los especialistas industriales de "vieja escuela", y quienes ayudaron a dar orientación a las relaciones

humanas en la sociedad industrial de los Estados Unidos y la de los países de Europa Occidental.

La cuestión central, para Whyte y sus colaboradores, es construir un nuevo modelo teórico perteneciente al hombre "socioeconómico"; en la actualidad este tipo humano es el que debe preocupar a los sociólogos industriales. El ser económico de los primeros expertos en relaciones industriales está constituyéndose en un esquema carente de contenido real, debido a la complejidad que ofrece la sociedad contemporánea.

Algunos de los colaboradores de Whyte actuaron como "observadores participantes", en industrias norteamericanas que aplicaban el sistema de remuneración por unidad producida. De sus observaciones se concluye que los trabajadores no consideran el dinero como la única recompensa importante, sino también lo atractivo del trabajo, las formas de aminorar la fatiga, y la independencia con respecto a los empresarios. En estos estudios se analizan las diferencias de productividad de los individuos en término de los antecedentes familiares, actitudes hacia el ahorro y los gastos, participación social del sujeto en actividades dentro y fuera de la industria, etc.

Los aportes de otras investigaciones expuestas en la obra, indican los factores que actúan en la cooperación o conflicto entre los grupos que operan en una industria. El caso de la fábrica de juguetes (páginas 90-96) revela que el mejoramiento de las condiciones de trabajo debe ser acordado y llevado a la práctica por todas las partes, secciones y jerarquías de una industria.

La forma habitual utilizada por la industria para obtener la cooperación de sus trabajadores es criticada por Whyte, y para ello se basa en el factor *relación humana*. El autor esboza algunos esquemas y ofrece sugerencias sobre posibles líneas de acción para armonizar las relaciones entre los obreros y la empresa, en aquellas industrias que aplican el sistema remunerativo por unidad producida.

Las experiencias, los trabajos de investigación y la aplicación de planes de recompensa en las diversas industrias estudiadas, inducen al autor a formular una teoría de los incentivos económicos y las relaciones humanas en la industria. Este es, a nuestro juicio, la parte más valiosa del libro.

Un sistema teórico necesita de conceptos que lo tejan. Whyte utiliza los conceptos de símbolo, actitud, actividad e interacción; estos términos son interdependientes, es decir, la alteración de uno de ellos en una situación real, producirá cambios en los otros aspectos de la situación. El trabajador, por ejemplo, no responde al dinero como único símbolo de estímulo, sino que al medio total en que él se desenvuelve. Los símbolos adquieren significación y sentido en el contexto mismo de las relaciones humanas.

La fábrica para Whyte es en sí un sistema social, y como tal, sus partes integrantes deben guardar un equilibrio armónico. Cualquier cambio en el status económico de un sector o alteración en el ritmo de trabajo, pueden producir perturbaciones en el sistema. Si se acuerda efectuar tales transformaciones, ellas deben ser aplicadas al conjunto de los individuos que laboran en la organización industrial. Este análisis puede causar interesantes discusiones, si se le considera en relación a otras concepciones sociales de la actividad productiva.

La obra que comentamos arroja útiles sugerencias para quienes se preocupan por los problemas de las relaciones entre los factores trabajo y capital. Debemos expresar que la contribución de Whyte y sus colaboradores, se compadece con las actuales tendencias de racionalizaciones de empresas, trato directo con los obreros, participación de éstos en algunos aspectos del manejo de la industria, etc. Estos principios han sido pregonados por los sectores más avanzados del capitalismo moderno.

La aplicación de los planes Scanlon ha sido una ofensiva emprendida por el factor capital en los Estados Unidos, para conseguir la cooperación del sector trabajo y suavizar así los conflictos sindicales. El aspecto psicológico de las relaciones entre obreros y empresarios ha merecido bastante atención y su enfoque se ha efectuado, en algunos casos, con verdadero tino e inteligencia.

El debate queda abierto sobre si estas modalidades alteran o no las condiciones fundamentales de los trabajadores; la discusión adquirirá contornos más vigorosos si en ella participan orientaciones ideológicas bien definidas sobre este tipo de problemas.

7

MARIO ESPINOSA

Para reír y rabiar, cuentos de Enrique Bunster. Editorial Orbe, 144 págs., 1958.

El autor de estos ocho cuentos es, sin duda, uno de los escritores más serios, más sólidos de Chile, en lo que se refiere a creación o recreación imaginativa. Su obra abarca varios volúmenes y varios géneros: *Lord Cochrane* (biografía), *La isla de los bucaneros* (teatro), *Bombardeo de Valparaíso* y *Corresponsal en la Antártica* (miniaturas históricas y crónicas de viaje), *Motín en Punta Arenas* y otros procesos célebres, *Chilenos en California* (miniaturas históricas), *La Orana Tahiti* (notas de un viaje al Pacífico), etc. Tiene además, dos libros de cuentos: uno publicado que el autor no incluye entre sus obras completas y otro inédito, *Aroma de Polinesia*, en prensa. Tampoco menciona *Mar del Sur*, relato sobre la vida en el Pacífico.

Los ocho cuentos se titulan *Los que iban a San Francisco*, *Misión en Ecuador*, *Gane el que gane*, *Lo que le pasó a un espiritista en Valparaíso*, *En el Colegio de los Sagrados Corazones*, *Destierro en Juan Fernández*, *Extirpación de Carlos Ugarte* y *Remate voluntario*. El primero cuenta las vicisitudes de un capitán que viaja a San Francisco en el período de "golden rush" y debe volverse haciendo marineros a quienes no lo son, encontrándose en el camino a un velero que va hacia El Dorado. Este otro barco a quien advierte de que el viaje es en balde, sabe que toda la tripulación puede escapársele y quedarse al paio en la bahía. Entonces decide hacer el desembarco de los viajeros en bote. Los últimos que desembarcan son unas niñas de vida alegre, a quienes les ofrecen pingües beneficios. Son las únicas aventajadas del viaje. Demás está explicar el patriótico sarcasmo que encierra la anécdota. Bunster destaca más bien la anécdota misma, eliminando todos los accesorios, dándoles así fuerza expresiva a su humorismo. No hay exotismo en la historia. *Misión en Ecuador* es una burla sangrienta al armamentismo latinoamericano, cuando narra cómo la cabeza de un militar chileno, transformada en "gibaro", se convierte en un secreto de Estado Mayor, por las complicaciones que puede traer para la armonía de los países

limítrofes. La disquisición táctico-diplomática del estado militar de las repúblicas latinoamericanas es, sencillamente, hilarante, mediante un sistema de hipérbolos interminables y perfectamente relacionadas. Lo que le acaece a don Francisco Ruiz Tagle, en el cuento *Gane el que gane*, con sus regalos a los generales enemigos durante la guerra de la Independencia, a fin de quedar bien con todos, no logra, pese a la buena factura del relato, provocar el mismo efecto humorístico. Probablemente, la situación es graciosa, pero su carácter histórico, poco graduado en sus matices emotivos, le resta un tanto su efecto. Boceta, con todo, un tipo de situación y de personaje altamente característicos. De menor alcance es la ironía contenida en *Lo que le pasó a un espiritista en Valparaíso* que, después de 50 años, todavía se trastorna al recordar lo que le aconteciera en el terremoto de Valparaíso en 1906. Lo mismo se puede decir de la indiscreción de un sacerdote que, al momento de celebrar sus bodas de oro sacerdotales, revela la infidelidad de una mujer, la primera confesión que él recibiera. *Destierro en Juan Fernández* tiene hondo efecto de crítica social de ciertos aspectos y costumbres de la administración chilena en lugares alejados, gracias a lo intensamente humano y gracioso de los personajes y cosas que en este cuento se exponen. La vieja frase de "castigat ridendo mores" posee en esta sorprendente historia de cómo un funcionario, debido a una borrachera y por querer ayudar a un amigo llegó a ser funcionario-subdelegado en la isla de Juan Fernández, por el mero hecho de que no había medios de transporte para llevarlo al continente. El humorismo de Bunster se despliega aquí con alegría y viveza en una historia contada sin prisa y con mucho conocimiento de la psicología del funcionario y de los tarambanas del puerto de Valparaíso. Todo es inesperado y equívoco en este cuento, todo tiene vida, movimiento y precisión. El lenguaje es natural y los diálogos altamente expresivos y decisivos de quienes los dicen. *Extirpación de Carlos Ugarte* es de un humorismo alado que, podría decirse, se inspira en el sentido de la justicia inmanente. Carlos Ugarte, joven, rico, alegre, buena persona—demasiado buena persona— es extirpado por amigos pobres, resentidos, que ven en él una burla del destino. Naturalmente, Carlos Ugarte sale volando por una ventana de un piso elevado de un edi-

ficio, convencido de que le están haciendo la más exquisita de las bromas.

Y "last but not least", la postrera historia *Remate voluntario* describe el remate de un fundo que originalmente era una hijuela de un mayorazgo. La armadura que representa al conquistador incluida en el remate, va a parar a manos de un extranjero que decide enviarla a una fundición, ya que para él no tiene ningún significado. Una crítica de toda la evolución social de Chile se insinúa en esta historia, cuya composición literaria, sin embargo, no es tan vigorosa como su contenido. Ello se debe, probablemente, a que no están dados los antecedentes humanos e históricos en toda su amplitud. Es, todavía, una historia local, que no adquiere toda la universalidad del símbolo por esa causa. Pero, como idea original, valiosa para la conciencia de lo nacional chileno, la narración es en extremo interesante y muy característica de lo que Enrique Bunster se ha propuesto en este libro de cuentos humorísticos que, como él mismo dice acertadamente, son *Para reír y rabiarse*.

El hondo espíritu patriótico de Bunster, su sincera emoción ante los defectos y méritos de nuestros connacionales, su preocupación por el porvenir del país y el destino de Chile en el mundo, adquieren a través de estos ocho cuentos una vitalidad y riqueza de matices inmejorables.

8

MARIO ESPINOSA

Islas en la ciudad, novela de María Elena Gertner. Editorial del Nuevo Extremo, 190 págs. 1958.

Esta novela de María Elena Gertner, conocida actriz, que anteriormente había publicado un largo poema titulado *Homenaje al miedo*, marca la terminación de una actitud y el comienzo de otra. La historia que enreda y desenreda la vida de tres amores recuerda por momentos la de *Dans un mois Dans un an*, de Françoise Sagan, la sutil escritora francesa, porque sus personajes también son "islas en una ciudad". Pero hay convenientes diferencias.

Carolina Page ama a su marido, el ingeniero Mauricio Valdés, pero lo engaña con Miguel Montes, un soñador, porque siente que aquél es demasiado imponente para poder amarlo con naturalidad; Valdés

por su cuenta tiene una aventura con Blanca Domínguez, una colegiala que ve en él a un semidios. Los hechos se precipitan, después de idas y venidas sociales en un ambiente que no aparece descrito, pero que se supone es gente de la clase alta de Santiago de Chile a fines de 1957. Los hijos de Miguel Montes se fugan porque los amonestan en el colegio a causa de que han querido que una muchacha judía haga la primera comunión. Esto provoca el impulso paternal en Miguel, una mayor confianza en sí en Carolina, al acercarla a la religión. Por otra parte, Blanca se suicida utilizando el revólver de su padre, cuando éste decide enviarla al campo en los instantes en que Valdés opta por irse a Europa.

En esta segunda obra de María Elena Gertner no aparece el pagano espíritu de *Homenaje al miedo*, sino la impresión de que el miedo acerca a los seres a Dios, a lo cristiano familiar y sentimental. Podría indicar que los principales defectos de esta novela provienen en gran parte de allí, de un deseo de presentar el funcionamiento del resorte religioso en un determinado medio social, ante circunstancias dadas. La exposición fría y descarnada de la vida, vista de un modo ateo, está proporcionada por Cato Rivas, socio de Valdés, que expone en forma aparentemente cínica las situaciones, sin proporcionarle al sentimiento una salida digna. Este contrapunto de personajes solitarios que deambulan como "islas en la ciudad", no logra quedar perfectamente anudado. La autora ha tenido demasiada prisa en poner en evidencia el meollo ideológico que encierran las situaciones, sin dar a sus personajes todos los matices, toda la vitalidad de que ella es capaz, literaria e imaginativamente.

Hay momentos en la novela que no son verosímiles, no como hechos en sí mismos, sino dentro de la construcción novelesca por no estar dados los antecedentes que los provocan. Así, por ejemplo, la huida de los niños hacia Valparaíso no está emocionalmente preparada; la entrega de Carolina Page a su marido sobre una alfombra de su casa es imprevista e insólita en el transcurso de la narración; el suicidio de Blanca Domínguez, etc.

María Elena Gertner dijo en una entrevista: "...los diversos estilos de vidas exigen diversas formas de expresión. Una vez más los autores parecen tender a mostrar personajes y situaciones mediante trazos rápidos, concisos, más sugeridos que expli-

cados. Esto no es nuevo...". Probablemente esta declaración explique muchos de estos defectos de estructura de *Islas en la ciudad*. La autora expone el máximo de situaciones en diversos instantes de la vida del personaje, exigiendo de esta manera que el cuadro novelesco se componga en la mente del lector, dándole su cabal sentido. Ello implica una actitud literaria individualista en alto grado. Pero también corre un riesgo igualmente grave. La novela como género consiste justamente en la narración de hechos sucedidos a uno o varios personajes, narrados desde un punto de vista estético, a fin de explicar el sentido y el desarrollo de la vida de los tales personajes en un momento dado, en una cultura dada, en un territorio y sociedad también dados. Al eliminar los detalles aclaratorios, al mostrar repentinamente a los personajes moviéndose, sin considerar todos los resortes culturales —por tanto emocionales y físicos— se corre el riesgo de dar una obra original, individual, rica intelectualmente, pero en cierto grado inexpressiva.

Por ello, *Islas en la ciudad* queda para el lector como la más rica promesa, como un conjunto de diálogos vivaces, inteligentes, como una maravillosa colección de observaciones hechas por un escritor muy perspicaz, pero que desprecia un poco los elementos retóricos, considerados en el mejor sentido de la palabra. Asimismo, los valores meramente verbales son muchas veces desdeñados por la autora, sin que nada justifique este desdén. *Islas en la ciudad* es una obra de gran intensidad, de agudo dramatismo, pero de escasa trascendencia. Pese a la intención de su autora, no alcanzó a mostrar toda la riqueza intelectual, instintiva y emotiva que indudablemente tienen estas "islas".

9

EUGENIO PEREIRA SALAS

Latin American History. A guide to the Literature in English, por R. A. Humphreys. Oxford University Press, 1958. 197 págs.

En el subtítulo explica el autor, distinguido profesor de la Universidad de Londres, el alcance de este manual bibliográfico, el más comprensivo, cabal e inteligente que se haya publicado sobre la historiografía americanista, en lengua inglesa.

El valioso y denso material, en parte cuasi inédito en periódicos y revistas, se distribuye de manera comprensiva y fácil, gracias a la visión a la vez erudita y pedagógica del compilador. Abre el volumen un capítulo dedicado a las obras de referencia, en que el lector puede encontrar la llave maestra que le abra los ricos depósitos, en que se han ido acumulando los trabajos sobre la América Latina en su totalidad de vida histórica. Viene en seguida el cuadro de la organización que se ha hecho de dichos materiales, en la forma de obras genéricas, comprensivas y de síntesis. Se penetra luego a lo que podríamos llamar los factores que han contribuido a este desenvolvimiento, en particular la geografía

A partir del Capítulo VI el autor busca una periodización histórica que encuentra para la parte colonial en la fórmula de: El Imperio Español en América-Descubrimiento y Conquista-El Imperio bajo los Austria-Bajo los Borbones.

El Capítulo VIII se dedica al proceso de la colonización del Brasil y a su formación histórica en los siglos XVI, XVII y XVIII.

A la decadencia y desaparición del imperio hispánico viene dedicado el Capítulo IX, mientras el siguiente se ocupa del Brasil en su etapa imperial. También es de carácter general una especie de panorama de la América Latina moderna, y sólo a partir del año 1830 el tratamiento de la materia es por países.

Este manual, publicado bajo los auspicios del Royal Institute of International Affairs, viene a cumplir una faena de gran utilidad; sirve a la vez los propósitos de una recta enseñanza de la historia de la América Latina en el mundo de habla inglesa, y por otra parte, la preocupación erudita de aquellos que buscan los aportes, a veces fundamentales con que Inglaterra y los Estados Unidos han contribuido al conocimiento fundamental de América desde la gloriosa época de William Robertson

Merece el libro del profesor Humphreys una amplia difusión, por tratarse de una empresa realizada con método y acierto bibliográficos y con extraordinaria conciencia histórica en los cortos y medulosos juicios críticos que preceden a las obras allí mencionadas. El método seguido permite, a la vez, estudiar la historia individual de los países sin perder de vista el panorama general de América.